

EPIFANÍA 2026

(Catedral metropolitana de Badajoz, 6 de enero de 2026)

Queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

Celebramos hoy el día de la Epifanía del Señor. Y en un día como hoy no está demás el que nos preguntemos: ¿quiénes son los magos?

Leyendo el texto evangélico de Mateo bien podemos definirlos como buscadores de Dios, con ojos al cielo y pies en la tierra, que saben adorar y no pierden la esperanza ante las dificultades. En este sentido bien podemos decir que son imagen de todo el que se precia de ser discípulo de Jesús.

Los discípulos de Jesús, como los Magos, son hombres y mujeres en camino en busca de Dios. Los discípulos de Jesús son hombres o mujeres en camino, forman parte de una "Iglesia en salida"; hombres y mujeres que no se detienen contemplando los logros alcanzados, pues saben que la meta como afirma el mismo Pablo queda todavía lejos (cf. *Fil* 3, 12-14), pues solo con la hermana muerte corporal podrá decir de haber alcanzado, por pura misericordia, la estatura de Cristo (*Ef*. 4, 13-15). Mientras ese momento no llegue el discípulo ha de mantenerse en camino, dispuesto a frecuentar caminos muchas veces desconocidos, como Abraham, nuestro padre en la fe, que se puso en camino hacia un lugar desconocido y que el Señor le irá mostrando poco a poco (cf. *Gn* 12, 1ss). Otras veces los caminos que ha de recorrer el discípulo serán más largos de lo que uno quisiera, como lo fue el camino seguido por Israel durante cuarenta años por el desierto, hasta llegar a la tierra prometida (cf. *Ex* 13-18). Otras veces el camino será fatigoso, como sin duda lo fue el camino de Nazaret a la montaña de Judea que recorrió la Virgen para visitar a su prima Isabel (cf. *Lc* 1, 39ss). Otras veces el camino será inseguro, como fue el de los Magos (*Mt* 2, 1ss). Al discípulo de Jesús le ha tocado en suerte el caminar hacia la patria celestial, pues sabe que aquí está solo de paso, como huéspedes y peregrinos (cf. *1Cr* 29, 15; *Sal* 39, 12).

El ejemplo de los Magos nos invita a caminar y caminar con la cabeza levantada, a no vivir encerrados en el estrecho horizontes de las cosas terrenales, rehenes de nuestros fracasos y cansancios. La epifanía del Señor nos invita a mirar a lo alto, a tener la mirada en el cielo. Y si en un momento dado sentimos la tentación de cansarnos, el Señor nos está diciendo como al profeta Elías: "Levántate y come, pues el camino es todavía muy largo" (*1R* 19, 7). Recomendemos desde Dios, caminemos y busquemos en Él la valentía para no detenernos ante las dificultades, la fuerza para superar los obstáculos, la alegría para vivir en la comunión y en la concordia.

Los Magos son también caminantes con los pies sobre la tierra. Los Magos son invitados a encontrar a Dios en el hombre, es más: a encontrarlo en un Niño recién nacido, en un Niño que yace en un pesebre. La Epifanía nos invita a valorar lo pequeño como manifestación de la grandeza de Dios, que siendo infinitamente grande, se hace infinitamente pequeño. Los Magos buscan a Dios, el Dios grande, y encuentran un Niño. Esto es importante: encontrar a Dios en carne y hueso, en los rostros con los que nos cruzamos cada día, especialmente los de los más pobres. Benedicto XVI decía: «Si falta la verdadera esperanza, se busca la felicidad en la embriaguez, en lo superfluo, en los excesos, y los hombres se arruinan a sí mismos y al mundo. [...] Por esto, hacen falta hombres que alimenten una gran esperanza y posean por ello una gran valentía. La valentía de los Magos, que emprendieron un largo viaje

siguiendo una estrella, y que supieron arrodillarse ante un Niño y ofrecerle sus dones preciosos» (Benedicto XVI, *Homilía*, 6 enero 2008).

Por último, pensemos también en que los Magos tienen *el corazón postrado en adoración*. Miran a la estrella en el cielo, pero no se refugian en una devoción separada de la tierra; emprenden el viaje, pero no vagan como turistas sin rumbo. Ellos llegan a Belén y, cuando vieron al Niño, «se postraron y lo adoraron» (Mt 2,11). Luego abrieron sus cofres y le ofrecieron oro, incienso y mirra. «Con sus ofrendas místicas predicán los Magos al que adoran: con el oro, como rey; con el incienso, como Dios, y con la mirra, como hombre mortal» (S. Gregorio Magno, *Homilía X en el día de la Epifanía*, 6). Un rey que vino a servirnos, un Dios que se hizo hombre. Ante este misterio, estamos llamados a inclinar el corazón y doblar las rodillas para adorar: adorar al Dios que viene en la pequeñez, que habita la normalidad de nuestras casas, que muere por amor. Redescubramos el gusto de la oración de adoración. Reconozcamos a Jesús como nuestro Dios, como nuestro Señor, y adoremos.

Nos sirvan de ejemplo los Magos. Como ellos, los creyentes en Jesús hemos de tener los ojos orientados hacia el cielo, los pies sobre la tierra y un corazón abierto a la adoración. Los Magos no viven replegados sobre sí mismos, prisioneros de horizontes muy limitados. No viven instalados en la queja ni en lo inmediato. Ellos levantan la mirada en busca de la estrella que ilumine sus vidas. Levantan su mirada esperando una salvación que viene de lo alto. Aprendamos de los Magos a ser hombres y mujeres en camino, con los ojos puestos en el cielo, los pies en la tierra y el corazón abierto a la adoración.